

Camino al delito (Cap IV)

Daniel Vasquez Salas



Capítulo 1

Mi abuela dialogaba con mi mamá sobre una "Corrida de toros", una fiesta patronal, el aniversario de Comachi, la familia, los amigos de toda la vida, el alcalde y los respetables señores. No comprendía, ¿corrida de toros? Habrían toritos que me deleitaba viéndolos en las caminatas a las chacras con mamamarci y Justina.

La casona de Mamarci era un sello immaculado de la historia de Comachi, un pozo donde se sube con oro en valijas, desde que nadie tiene memoria los visitantes, invitados, distinguidos, toreros, médicos, forasteros que requería la presencia del olvidado pueblo de Comachi necesitaba se alojaban en casa. Mamamarci les ordenaba sus respectivos cuartos, veía, colchones de paja, muchas tazas, platos, mujeres sirvientes, carnes colgando al aire.

Las habitaciones correspondían la mitad de la casa, al interior un aposento para los animalitos, la cerda, los cuyes en el cuarto de barro, y una extraña taza de los chavines que veía en clases, pero gigante, mamarci lo llamaba el horno de barro.. del portón de la granjita podía ver la pista sin cemento hacia el final del recorrido cotidiano.

—¡Quiero ir a la corrida de toros, mamá!

—Sí, papá, vas a ir.

—Que lindo mi hijito, ya todo un comachino.

—¿Los toros van a correr?

—Sí, hijo. Es una fiesta anual, vendrán extranjeros a hacerlos correr y saltar.

La casona de mi abuela era de lo mejor de la ciudad, su antiguo techo de pajas y ramas, las paredes de barro, la tienda y el comedor antiquísimo, las cruces y cuadros de madera de la Virgen de las nieves, el patio inmenso de piedra, lo rústico y natural. Entonces los vecinos iniciaban a remodelar sus casas con material noble. La mama de mamamarci tenía un poder que el pueblo le concedió como un acto burgués, ella intercedía como abogada en rencillas, aconsejaba como contadora profesional, daba opiniones importantes al elaborar las fiestas, por donde iba le saludaban, era una señora distinguida como los que mamarci trataba con mucho respeto.

—Mamarci cuando vamos a la chacra, quiero ver a tu vaquita la reina, con los hijos de Clorinda, Juanca y Polo.

—Luego de la fiesta, mi hijo, no te aburras, ve a la plaza allí están los niños, no tengas miedo.

—No los conozco. -Yo era muy tímido en nuevas amistades. Me forcé.

—Elvira, allí no va el hijo de Meche, tu amiga.

—Sí, Danielito, anda, estás renegando de aburrimiento. —El problema en Comachi era el severo aburrimiento que me generaba, no habían

videojuegos, computadoras, televisión y Barush no me prestó su PinBall

Cientos de cuerpos coloridos, miles de colores como nunca antes veía, saltaban, extendían sus brazos, botellas de vidrio con un líquido marrón, cañazos, tinajas de chicha de jora, ollas gigantes, la gente comiendo con los dedos, mamá llevaba los cubiertos de plástico, Justina estaba con otros señores algo lejos.

—Qué espesa la Justina no viene con nosotros, Elvira.

—Ya, mamá, seguro tendrá otros asuntos.

—El pueblo ya no es como antes, mi hija. —Mamamarci se cogía las manos.

—Todo cambia, mamá, el bebé debe radicar en Lima, te extraña.

—Me extrañas, mi hijito.

—Sí, mamá. —Abrazaba a mamamarci.

El toro corría, le apodaban El Gato, mamá tenía miedo que salte sobre encima del muro de madera, mamamarci no tenía nada de miedo. Le gustaba el peligro, creo ahora. El toro brincaba tras la pañoleta gigante roja del Torero. Parecía furioso, una bestia hermosa, regordete, los cachos daban miedo. La baba le teñía de un aspecto tenebroso.

—Mamá, el gato es muy hábil.

—Sí, hijito. Me está entrando un fuerte frío.

—Ma, da un poco de miedo, mira su cara, parece enfadado, muy enfadado. ¿De dónde los sacan? —Me imaginé un establo llenos de toros molestos.

—Los patrocinadores de este año los han obsequiado.

—¿Obsequiado a quienes?

—Al pueblo. —El pueblo debería ser muy importante.

Era un circo compuesto de madera, rojiza y blanca, debería ser madera de los eucaliptos, mi abuela decía que es la madera más resistente, tranzando algún negocio con las señoras de sombreros de amarillos como mexicanas que veía en la televisión. Murmullos en quechua, niños y ancianas en algarabía, los hombres sonreían, bebían sin medirse. Las mujeres sirviendo, espectando, decían que el torito era bello, y el toro seguía corriendo como Layca cuando llegaba de clases, en números ocho, levantando las patas, exponiendo su mirada orgullosa y su pecho de paloma. Ojos marrones de Layca, piel crema, mordiendo mi planta de maracuyá, nunca me enojaba con ella. De pronto el torero, un mexicano con la cara ancha, y un diente de oro, saca una espada. El toro seguía como un canserbero queriendo arremeter un cornazo, los toreros de capa rosada despistaban la atención del toro, el chico se veía acorralado, atacando a lo primero que veía cerca, el torero levantaba la espada hacia el cielo, los multicolores saltaban y vitoreaban, el tío Guillermo le recordaba a mi abuela otros episodios matrimoniales de espada y toro. Escuché que el toro iba a ser atacado. Los de capas rosadas le colocaban unas astas en su espalda, varias, de su lomo salía sangre, y dejé de gritar como la gente, me encogí como insecto, comprendí lo que iba a suceder

rápidamente, el estómago se me hizo un nudo, miré a mamá y le pregunté si iban a matarle como todos comentaban sin la mínima compasión. Me cogí las rodillas, mi pantalón de lana apreté, el friecito era abrumador, mamamarcí me colocó un poncho negro con líneas de hilo rosada y amarilla, mi gorrita de lana, recuerdo, me la quité, apretaba fuerte..

—Es costumbre aquí, Daniel, que lo maten. —Una mujer agregó palabras en quechua riéndose.

—¿Qué dijo? Qué dijo, mamá.

—Que si no como comemos el bisteck que tanto te gusta.

Notó mi angustia, me abrazó. El torero se acercaba con la espada apuntándolo directamente a su cara, el toro estaba a tres pasos, como el Mío Cid que peleaba con otro caballero español cubierto de metales, pero el toro no tenía una espada, solo cachos, ni un escudo de metal, tenía una gran incomprensión de estos humanos gritando y siguiéndole sin motivos naturales, sus venas debían suponer el final. El toro lloraba, recuerdo, “El gato” lloraba, instinto de supervivencia eliminada, una mueca de confusión, tenía la baba en todo su pecho de paloma, el torero levantó su pie en alto hacia atrás antes de correr al toro y salta, clavándole la espada, todos esos mínimos metro y medio de acero hecho únicamente para asesinar al gatito, toro cae desplomado al suelo, le salía sangre por la boca, su lengua negra podía verla. Me salieron tantas lágrimas que mi cuerpo se paralizó. Mi abuela gritaba alagos al torero, los ponchos, las polleras, las caras diezmadas por la ocasa humedad penetrada en todo el viento, no entendía, por qué ellos siguen alegres, el toro estaba llorando y sangrando por la boca, echado, levantando el cuello, los cuernos, como un héroe a punto de morir. Gritaba, y la gente seguía emborrachándose, comentando en quechua, en español mal hablado, los niños veían sin decir nada, estaban dos palos debajo de mí. Justina reía con los señores canosos, hasta los sombreros de pajas caían al suelo, una mujer gorda corre apresurada desde uno de las dos puertas del circo, en la parte baja, donde uno salió el pobre Gatito y la otra para los malvados toreros. Malos eran, pensé, malísimos. La mujer echa un licor espumoso, otros hombres chatos y otras mujeres ebrias bailaban cerca al toro. Cargaron al toro entre diez personas y la música estalló, la banda musical del pueblo. Yo no dejaba de llorar desconsolado, uno de los de capa rosada le mete un cuchillo al cuello, mi abuela decía que esa era la última estocada, que murió como un valiente. No dejaba de llorar por minutos, dejé de gritar, lloraba para mí, Guillermo se impresionaba de mi sensibilidad.

—Marcela, no deberías traer a tu nieto, es muy sensible.

—Ya se va acostumbrar como todos los niños. Mi hijo también lloraba de niño.

—Está llorando mucho, Marcela. —Me sequé las lágrimas para no llamar la atención.

—Mamá, no le digas a Juanca y Polo que estuve llorando. —De rato en rato decía, “pobre toro”, “pobre toro”.

—Ya hijito, ven, duerme, mejor.

Mamá me cargaba, le abrazaba del cuello, las amigas de la mamacha conversaban con Mamamarci, el jirón atiborrado de niños vendiendo rosas, pantalones muy grandes para ellos, caritas constreñidas por el frío, marroncitas, escarpadas; “ya despertaste, bebe”, me daba miedo el tumulto, abrazaba a mamá. Recordé al torito, me dolía el pecho por haber llorado. Las mamachas caminaban a pocos metros de distancia de mi mamá, tenían una capa verde extraña, deberían ser parte de alguna comisión, mamá me sacaba la cara, me hablaba de visitar a Fabricio, un amiguito en Cora Cora. La plaza se iluminaba de ambulantes por doquier, prendas, mazamorra, coctels con manzanilla y cañazo, cosas extravagantes, vendían rosas. Mamá compró un pollo frito y recordé el infierno que veía en el mercado de casa, mataban a las gallinas y se escuchaba sus alaridos, decidí no comer. Mamá saludaba a Hilda, hija de una de las amigas de antaño de mamamarci. Sus cachetes rojizos, como de todos en estas alturas; reían, porque siempre reían, me preguntaba vagamente. Mamá me dejó en el suelo, comí las papitas fritas.

—Ya sabes como es mi mamá de picona.

—Ja,ja,ja, doña Marcelita no cambia. Quería llevar la olla de la comida.

—Están sus cuñadas y siempre la han evadido, me da tanta cólera, Hilda.

—Las cuñadas de mamamarci la odiaban, yo las odiaba también a ellas.

Mamá cogió un pedacito del ala brosther hacia mi boca —come, bebé, tienes que comer.

—No quiero. No quiero comerme al pollito.

Vi al torito otra vez saltando, mi pecho latía fuerte otra vez, respiraba hondo. Quería abrazar al torito, pobrecillo, mi tía Nilda seguro rechazaba esas fiestas. Ella me entendía, amaba a los animales como yo.

—Mamá, mañana vamos donde mi tía Nilda a Cora-Cora.

—Ya, bebito.

—Tengo hambre.

—Vamos por unos alfajores. Tu tía se parece mucho a ti, también odia estas fiestas. Ya no estés triste.

Busqué a Fabricio con la mirada, seguro si me veían con los ojos rojos se burlarían de mí. Mamamarci llegaba con un bolsa transparente y dentro papel blanco cubriendo roscas o alfajores.

—Mi hijito, quieres alguno.

—No quiero nada. —Pobre torito.

—¿Por qué esta molesto conmigo mi hijo guapo?

—Está resentido por el circo, mamá.

—No quiero nada. Eres mala. —De niño tenía la torpeza de tragarme la rabia y llorar de bruces contra el vacío oculto. Sintiendo un nudo abrazador en mi garganta que lograba apagarme las ganas de quejarme.

—Por qué mala, Danielito.

—Mamá, no le digas nada. Vamos a la casa, mejor, para que descanse,

seguro con Coqui se le pasará.

Tormentas de quechuhablantes retornaban, escapaban, preguntaban, la pequeña multitud observando a los "Señores", los auspiciadores del circo asesino. Montaban caballos que adornaban cintas rojas en las patas, bellos caballos. Recordaba otra vez al torito. Me dolía el corazón. Volvía a llorar.

—Mi hijito, por qué lloras. —No contestaba, no era bueno expresando mis sentimientos, nunca pude decirle te amo a mamá, pero sí a Mamamarci.

—Ya no llores, mi hijito, ya pasó, ya no volverás a ver esto.

—Mamá, no debimos llevarlo, tú sabes que él ama a los animales como tu hija Nilda.

—Sí, se parece bastante a su tía, no papá, te voy a comprar una paleta.

—Mamamarci me llevó caminando donde una mujer que vendía algodones.

—¡Como estuvo la corrida, mamá!

—¡Muy bueno, hija, muy bueno, el mexicano se lució! —Luego le dijo palabras en quechua y la mujer me miró tierna.

—¿Te gusta, papacho? Ya no llores por favor. Los llameritos ya van a llegar, te gustará verlos. En Cora Cora te acuerdas que tenían látigos.

—Sí, sí me acuerdo.

—Ya no llores, mi hijito lindo. Paicu papaico, paicu paya, paicu paicu.. —la cancioncita que me hacía reír, ella me cogía de los brazos y me hacía saltar; pronto olvidaba las escenas del torito, los llameritos vestían de negro con chalecos, diferente que en Cora-Cora, quizá por el friaje de la noche.

Pensaba como la gente del pueblito eran felices si no tenían TV, computadora, Goun bound, otros videojuegos, primos o familia que les dieran mejores ropas. Subí el cerro empinado de paja, cactus, piedritas que negrea de sombra el único colegio. Mamá me dijo que regrese pronto, que el calor me va cuartear la cara. Burritos andaban con su dueño, un hombre enano y con piernas muy anchas. El burrito parecía triste, vi el circo asesino tras el colegio. Me senté, lloré solo, y le dije al torito que lo vería en la otra vida, con papá dios y Jesús. Surcos, chacras amarillas, revoloteando los verdes, amarillentos, blanquesinos y marrones árboles, parecían enredaderas los surcos de piedras, el cielo celeste inmenso, curvas, jirones, direcciones opuestas, el torito estaría en el cielo, lo miré una vez más.